

Hugo Bouter

El Reino de los cielos en pocas palabras

Una reseña sobre Mateo 13

«El Reino de los cielos es como un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras los hombres dormían, vino su enemigo, sembró cizaña entre el trigo y se fue.»

Mateo 13:24-25

Introducción

Cuando hablamos de los misterios del fin de los tiempos, lamentablemente nos enfrentamos al declive de la iglesia profesante en el transcurrir de los siglos y a la apostasía de la fe en la falsa iglesia de los últimos días: Babilonia la grande (Ap 17 y 18). Como cuerpo perfecto y espiritual de Cristo, la iglesia no está sujeta a los fracasos humanos, aunque sigue siendo nuestra responsabilidad individual y colectiva aferrarnos a la Cabeza (Col 2:16-19). Solo así se puede mantener en la práctica la verdad del cuerpo único. El cuerpo no es perfecto en sí mismo, pero la Cabeza sí lo es. Y su obra es perfecta en tanto que forma el cuerpo de acuerdo con los consejos divinos y la obra del Espíritu Santo.

En relación con la verdad del cuerpo, lo primero que nos viene a la mente es la unión vital de todos los creyentes con Cristo, la Cabeza del cuerpo, el cual es indisoluble, mientras que acerca de la verdad de la casa de Dios nuestra responsabilidad adquiere más relevancia. La iglesia ha fallado en su testimonio, y la casa de Dios se ha convertido en una casa grande que contiene vasos de honra, pero también de deshonra. De hecho, la mala doctrina se había introducido ya

entonces, pues el apóstol menciona algunas personas que negaban la verdad de la resurrección. Estos «vasos» no le eran útiles el dueño de la casa (2Ti 2:16-21).

En otro lugar, Pablo habla de constructores que habían edificado con madera, heno y paja, material perecedero e inflamable, sobre el firme fundamento que puso el apóstol (1Co 3:9-17).

El Señor predijo estos acontecimientos negativos en las siete —en realidad, ocho— parábolas del Reino de los cielos. No se trata de unas simples parábolas, sino de secretos que solo pueden ser comprendidos por los verdaderos discípulos del Reino (Mt 13:10-17; 34-35; 51-52). Esto es debido a que el Rey ha sido rechazado por Su propio pueblo y que ha llegado un juicio de endurecimiento sobre la nación incrédula hasta la restauración en el tiempo del fin (Ro 11; 2Co 3).

El punto de inflexión lo encontramos en Mateo 11 y 12. El Señor ya no reconoce el vínculo con el Israel natural (Mt 12:46-50). En adelante, actúa como Sembrador de la Palabra en el campo de este mundo. En las parábolas del capítulo 13 describe los resultados de su predicación, que luego continuará diseminando desde el cielo por medio de sus siervos¹.

Las parábolas del Sembrador, del trigo y la cizaña, del grano de mostaza y la levadura

Las cuatro primeras parábolas muestran que el Reino, en su forma oculta, iba a ser una mezcla del bien y del mal en nuestros días. En efecto, el maligno actúa y arrebató la buena semilla. Además, también hace de sembrador y planta cizaña — mala hierba— en medio del trigo. Se produce una mezcla de verdaderos creyentes y de quienes son cristianos de nombre, mezcla que perdurará hasta el tiempo de la cosecha, el momento en que Cristo regrese (Mt 13:19).

¹ Un autor holandés, Johannes de Heer, escribió un libro interesante sobre las parábolas de Mateo 13: «A bird's eye view of the Kingdom of heaven» (Het Zoeklicht, 1948). Cuenta, entre otras cosas, que la levadura nunca se interpreta positivamente en la Escritura. Véase también el *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, de W.E. Vine, bajo el término «Kingdom». El Reino de Dios suele ser idéntico al Reino de los cielos, del que solo habla Mateo, pero los términos no son siempre intercambiables. Únicamente los verdaderos discípulos pueden entender los misterios del Reino de Dios, con sus muchas características morales y espirituales (Mr 4:10-12; Lc 17:20-21; Jn 3:3; Ro 14:17).

En la tercera parábola o misterio, en esta situación el Reino se convertiría en un gran poder en la tierra, en un árbol que da cobijo a las aves del cielo. Pero la Iglesia no debe codiciar el poder terrenal, ya que eso es contrario a su carácter como pueblo formado por extranjeros y peregrinos. Cobijar a las aves del firmamento es una prueba de la actividad del maligno, que se lleva la semilla del Verbo (Mt 13:31-32; cf 13:4; Ap 18:2).

La cuarta parábola enseña que también se generaría corrupción interna (Mt 13:33). Esto ocurre en manos de una mujer: la falsa profetisa de Tiatira, según Apocalipsis 2:20. En el Nuevo Testamento, la levadura refleja una imagen del mal moral y doctrinal (cf 1Co 5:6-8; Gá 5:9), y las tres medidas de harina hablan de la verdad pura y revelada que la falsa doctrina corrompe. En los últimos tiempos, esto conduce a la aparición de la falsa iglesia —la gran ramera—, la cual es llamada Babilonia la grande (cf Ap 17 y 18).

El tesoro escondido, la perla de gran precio y la red de pesca

En las tres parábolas siguientes, aprendemos sobre el valor interior del Reino, sobre aquellas cosas que, a pesar de su deterioro, seguirían manteniendo un valor duradero para el Rey, quien ahora permanece escondido en el santuario celestial («oculto en Dios», dice Col 3:3-4). El tesoro en el campo y la perla de gran valor hablan, respectivamente, del remanente creyente de Israel, que aún está oculto, y de la iglesia, que ha sido reunida principalmente de las naciones y también del pueblo judío. Cristo ha comprado a los suyos con el costoso precio de Su vida y Su sangre.

La parábola sobre la red de pesca expone el resultado de la predicación del evangelio del Reino por parte de los hermanos del Rey durante la Gran Tribulación (Mt 25:31-46; Ap 7:9-17). Los pescadores —evangelistas— recogen el buen pescado en las barcas. De hecho, esto ya ocurre en nuestros días, dado que los verdaderos creyentes son reunidos en congregaciones locales por medio de la predicación del evangelio de la gracia de Dios, y los cristianos nominales se mantienen fuera. La recolección en recipientes de los que habla esta parábola contrasta con la labor de los ángeles, que al final de la era se ocuparán únicamente de eliminar a los malvados (Mt 13:49-50).

La parábola del padre de familia

La breve parábola del padre de familia, quien se ha convertido en discípulo del Reino de los cielos, concluye este capítulo. Se trata de un apéndice a los siete misterios relacionados con el Reino y presenta una exhortación de Cristo a sacar continuamente de nuestras riquezas espirituales las cosas nuevas y las viejas, que poseemos en las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento. El énfasis recae en las cosas nuevas reveladas por el Señor y transmitidas por el Espíritu. En el Antiguo Testamento, tenemos estas verdades de un modo ilustrativo para llevarnos a un conocimiento más profundo de dichos misterios.

